

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 6 de Abril de 1917

AÑO XIII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 455

Como murió Cristo

Sobradamente justificadas están mis vacilaciones en abordar un tema tratado ya por muy doctas y competísimas plumas.

La muerte de Nuestro Señor Jesucristo se muestra a múltiples consideraciones en todos los ramos del arte y de la ciencia.

La figura del Crucificado ha sido motivo suficiente para crear y sostener a través de los tiempos, todo un aspecto del arte. Estudiar la influencia que ejerce en la moderna sociedad las obras de los artistas cristianos, sean pintores o escultores, llámense Velázquez o Hernández, Goya o Montañés, no es de mi competencia. Cada uno de ellos ha puesto en su obra todo su espíritu y mucho de su temperamento, reflejando a veces, gran parte del ambiente y de la época en que labo-aba.

Yo sólo quiero hablar hoy de la muerte de Cristo, que, bajo el punto de vista médico, fué analizada y discutida, tanto en sus causas, como en sus accidentes físicos.

La relación de su muerte y Pasión ha sido consignada clara y detalladamente por los Evangelistas. La interpretación de algunos hechos ocurridos fué comentada por médicos de varias épocas.

Fueron materiales y también espirituales los sufrimientos de Cristo. Vendido por uno de sus Apóstoles y negado por uno de sus discípulos, sufre su corazón de hombre; sufre en sus afectividades al considerar la traición, la falsía de aquéllos que momentos antes hacíanle protesta de fidelidad.

Poco después, se ve parangonado con Barrabas un saltador de caminos a quien se considera menos culpable que a Jesús, y el Nazareno siente oprimido su ánimo por la injusticia de los jueces y por el odio también injusto de su pueblo.

El escarnio que de El hacen, le resulta más doloroso aún que la corona de punzantes espinas. *¡Ecce Homol*

Tras largo suplicio, después de recorrer penosamente la distancia que le separa de la cumbre del Gólgota, lévase a cabo la crucifixión con todos sus horrores, y después de haberlos sufrido, sufre el más cruel de los sarcasmos. ¡Aquél cuyos labios son

fuentes de toda verdad se oye tratar de impostor y de falsario! Es invitado a demostrar su divina genealogía con un acto muy sencillo para su Omnipotencia, pero imposible para el cumplimiento de lo que estaba escrito. *Si filius Dei es, descende de cruce.*

Así continuó el proceso psicofísico, desarrollándose paralelamente en el Dios Hombre, que agotada por continua hemorragia, desde la flagelación al lanzazo de Longinos, tuvo sed de agua.

Hiel y vinagre, le ofrecieron los hijos de Adán! Pero mayores acideces y amarguras tuvo que producir en Cristo la ingratiud de los hombres, prevista por la más clara de las inteligencias y sentida por la más privilegiada de todas las almas. Entonces tuvo sed de amor, sed inextinguible que sólo pudo apaciar pidiendo a Dios Padre perdón para sus verdugos.

El mecanismo fisiológico que explica cómo y por qué se produce la muerte en un crucificado, no es difícil de comprender. Concurren a la extinción de la vida múltiples factores; la tensión continuada de los músculos toraxo-braquiales mantiene el pecho dilatado, el reversionamiento de las costillas anula el efecto de los músculos intercostales, haciendo imposible la espiración, y sobreviene el colapso pulmonar con ingurgitaciones alveolares; la sangre se satura de ácido carbónico, el corazón decae por obstáculos mecánicos en el territorio de la arteria pulmonar y su debilidad agravada por anteriores pérdidas sanguíneas, llega hasta la impotencia absoluta, latiendo en sus últimos momentos tan sólo por autogénesis de su especial inervación.

Analizar estos hechos ocurridos en el Dios Hombre, según la pauta fisiológica de las leyes naturales, no nos conduce a ninguna consecuencia útil, nada nos enseña; todos los crucificados murieron físicamente de la misma manera.

Pero Jesucristo, dando con su muerte vida eterna a la Humanidad, comenzó a vivir en ella; por eso son inútiles toda clase de comentarios fisiológicos respecto a su muerte física, porque los cristianos sabemos mucho más que los fisiólogos; estamos en posesión de toda la verdad, sabemos que murió como hombre y sabemos que murió por redimirnos.

J. LOPEZ DE REGO

La locura de la Cruz

¡Cristo en la Cruz!

¡La divinidad y el suplicio! Ideas completamente opuestas, ideas que se rechazan y repelen naturalmente... Y vedlas, sin embargo, unidas en este insondable misterio... ¡La Cruz!

El suplicio más degradante, más abyecto, más vil..

¡Cristo la santidad suma, la Bondad infinita, el resplandor de la Gloria del Padre, la Razón increada, el Verbo de Dios... Cristo muerto.. ¡y muerto en una Cruz!

Y colocar esta muerte ante nuestros ojos como un libro, como una revelación del amor de Dios al hombre. Libro enérgico, página elocuente, para que de una sola ojeada aprendamos cuanto podemos hacer y cuanto debemos esperar...!

Hacer esta muerte objeto de bendición, de paz y de ventura, y una prueba de la alianza del Cielo con la tierra.

Valerse de este suplicio como única palanca para trastornar el mundo, como de un instrumento para cambiar y transformar las torcidas inclinaciones del corazón humano; hacer que este suplicio sea el resumen de toda una doctrina y la base de una Religión...

¿Era preciso tan gran humillación de Cristo para curar nuestra soberbia? ¿Era necesario un sacrificio tan grande para matar nuestro egoísmo? ¿Había que ver a Cristo oprimido de dolores para que el hombre se librara de la esclavitud del dolor?

El egoísmo, la soberbia y el dolor eran los tiranos de la Humanidad.

El hombre se veía envuelto entre tinieblas, perversidad, vanidades, miserias y aflicciones, sin contar con un escudo eficaz que le librara de estas desdichas; sin poder defenderse ni aun luchar contra estos enemigos.

Cuando la pasión o el dolor clavan su aguijón en el alma, el hombre o se hundía en los cenagales del vicio o se entregaba a la desesperación.

El brazo que se levantaba vigoroso y fuerte en los combates de los hombres, era por completo impotente en las batallas del espíritu.

No se sabía luchar contra esta clase de adversarios.

Era preciso que Cristo nos enseñara a luchar y a vencer, a triunfar del dolor, a vencer a la misma muerte.

Después de Cristo ya no hay adversario invencible para el hombre.

Con la Cruz venció la tiranía, triunfó del poder del paganismo y venció lo más difícil de todo; ese enemigo interior que se llama egoísmo, cobardía, concupiscencia...

Han pasado muchos siglos; un nuevo

paganismo se levanta contra la Cruz; hay pueblos que han emprendido contra ella una persecución más encarnizada que las de Nerón y Diocleciano.

Han olvidado la Historia; no han tenido en cuenta los perseguidores que la Cruz que venció el poder de los Césares, puede fácilmente tirar por tierra los planes diabólicos de los charlatanes.

L.

Espanoles que tomaron parte EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

Asegúrase que fueron seis, por lo menos, los que tomaron parte en el dolorosísimo drama.

Espanoles, de Itálica según algunos, eran Poncio Pilato, pretor, y Claudia Procia, su mujer; espanoles los tres Cayos: Cayo Cornelio, el Centurión, que en Cafarnaúm pidió al Señor que curase a su criado, y fué el primer gentil que se convirtió a la fe; Cayo Opprio, su hijo mayor, que mandaba las tropas del Gólgota y fué el primero, después de Dimas, que reconoció la divinidad del Salvador, muriendo al fin obispo y mártir en Milán, y Cayo Cornelio, centurión como su padre y hermano, que mandó las fuerzas del sepulcro y fué testigo de la Resurrección de Jesús, convirtiéndose en apóstol de ella. Dioese también que era español, y malagueño, Cayo Longino, que abrió con la lanza el costado de Cristo, tornándole la vista y convirtiéndole a la religión cristiana.

ANHELOS

VIDA DE LA VIDA

Vivir sin Tí no es vivir;
Y pues que yo vivir quiero,
A Tí me acojo, y espero
Jesús, tu vida sentir;
Porque sin tu vida muero.
Tú eres el noble ideal,
Por quien suspira mi alma;
Tú su luz, su paz, su calma;
Tú su palabra inmortal,
Su galardón y su palma.
En tu amor están cifrados
Mis más ardientes anhelos:
No me aparten mis pecados,
De esos amores amados
Que están cantando en los cielos.
No tengo miedo, ¡oh mi Dios!
Te seguiré paso a paso,
De esas tus huellas en pos;
Y aunque es mi poder escaso,
Iremos juntos los dos.
Contigo entraré en el huerto,
Y te limpiaré el sudor;
Y al eco lánguido y muerto,